

El debate sobre la naturaleza, las causas, y la legitimidad de la acumulación de deuda soberana en los países periféricos ha ocupado históricamente un lugar central en los estudios críticos del desarrollo. En el caso de África, la magnitud de la deuda, su origen y sus consecuencias son el reflejo de un orden internacional asimétrico, del modelo de desarrollo que lo genera, y de dinámicas de intercambio desigual a las que ha estado históricamente sometido el continente.

El desarrollo financiero de muchas economías africanas ocurre en un contexto de integración desigual en la economía mundial, causado por la promoción de un patrón financiero extractivo que tiene su origen en las relaciones financieras establecidas entre las metrópolis y las colonias entre los siglos XIX y XX. Esto genera desajustes estructurales y reproduce las dinámicas de subordinación de las economías africanas en la dimensión financiera de las relaciones económicas internacionales.

La denominada “crisis de deuda” en el continente africano es recurrente, desde que una serie de lógicas externas golpeasen a las economías africanas por primera vez en las décadas que siguieron a la independencia de muchas de ellas y, de manera continuada, en las décadas sucesivas.

El stock de deuda en el continente no ha dejado de aumentar desde entonces, igual que lo ha hecho el servicio de la deuda (el pago del principal más los intereses), de modo que, en la actualidad, y según cifras de la Comisión de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (2024), 768 millones de personas viven en países africanos que se ven obligados a gastar más en el pago de la deuda que en salud o en educación. También, los costes de liquidación son cada vez más elevados: a las economías africanas les cuesta amortizar su deuda hasta cuatro veces más que a EE.UU. y hasta 12 veces más que a economías europeas como la alemana o la francesa. Los costes del servicio de la deuda y los costes de liquidación son factores estructurales de endeudamiento, igual que lo es el desajuste que existe entre los ingresos de las economías deudoras (denominados en sus monedas locales) y las obligaciones del servicio de la deuda (denominadas en dólares o en euros).

En muchos casos, los préstamos que se han ido acumulando de manera insostenible por las economías africanas fueron adquiridos por líderes que no habían sido elegidos democráticamente, lo que cuestionaría la legitimidad de las deudas contraídas en los periodos durante los cuales esos regímenes estuvieron activos. Por otro lado, en muchos casos, estas sumas derivan de las consecuencias de la implementación de planes de ajuste estructural y de sus políticas condicionales que obligaron a las economías africanas a liberalizar su cuenta de capitales con el argumento de que ello facilitaría la entrada de capital privado, pero el escaso poder de negociación con el que los países africanos contaban para hacer frente a los acreedores (las instituciones financieras internacionales, las entidades privadas de economías desarrolladas y las propias economías desarrolladas) les impedía poder conseguir unas condiciones razonables para la devolución de los préstamos adquiridos. Así, la deuda externa se ha convertido en un mecanismo de control remoto de muchos países africanos y constituye la razón de ser de la arquitectura financiera mundial contemporánea.

Pese a que el volumen, la estructura de la deuda y el perfil de los acreedores han cambiado sustancialmente, la capacidad de pago de la deuda externa en muchas de estas economías continúa siendo muy limitada. Esto se explica por la propia configuración interna de las economías africanas, pero también por su relación dependiente para con la economía mundial. La forma en que se inserta en ella a través de la exportación de materias primas contribuye a su vulnerabilidad externa. Las características de los mercados internacionales de materias primas, la volatilidad de los precios y los términos de intercambio negativos de los productos primarios (es decir, el hecho de que la remuneración de los productos primarios en los mercados internacionales sea menor que la de los productos manufacturados) implica la obtención de un menor volumen de divisas con las que poder hacer frente a los pagos de la deuda. Por lo tanto, no solo la dinámica financiera explica la relación que las economías africanas tienen con la deuda, sino que también esto ha de entenderse en un contexto en el cual confluyen también las dimensiones comerciales y productivas dentro de las relaciones económicas internacionales: la posición periférica de África condiciona sus capacidades de pago.

Sin embargo, si se tienen en cuenta otras variables más allá del valor y del volumen de la deuda, la posición deudora de África cambia y esta se convierte en acreedora de gran parte de la economía mundial y, en concreto, de muchas economías desarrolladas: el aprovechamiento que, históricamente, muchas economías hicieron de los recursos - naturales y humanos del continente-, la repatriación de beneficios hacia las economías desarrolladas y los precios de transferencia que fijan las corporaciones transnacionales que operan en el continente, la fuga de capitales, el pago por derechos de propiedad intelectual o la transferencia neta de recursos naturales (materiales y energéticos) hacia las economías avanzadas son elementos que no son tenidos en cuenta a la hora de computar la transferencia *real* de recursos que tiene lugar entre el continente y el resto del mundo. Con una contabilidad honesta de este tipo de transferencias no sería necesario siquiera plantear el debate sobre la cancelación de la deuda en el continente, pues el mero recuento de los recursos que se transfieren hacia el resto del mundo lo sitúa en una posición de acreedora neta, muy distinta a la imagen que la narrativa convencional ha construido sobre el continente.